

Eduardo Infante

No me tapes el sol

Cómo ser un cínico de los buenos

Ariel

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta - España

© 2021, Eduardo Infante Perulero

© Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ARIEL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: abril de 2021

ISBN: 978-84-344-3341-0

Primera edición impresa en México: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-569-135-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Índice

<i>Introducción. Buenos y malos perros</i>	13
--	----

PRIMERA PARTE UN MUNDO DE PERROS

1. Una breve historia de la filosofía canina	23
2. Los primeros perros.	29
3. Helenismo líquido.	35
4. El punk, el perro y el maldito Prometeo	43
5. La sociedad a la que el perro ladra.	51
6. El gimnasio del perro	61

SEGUNDA PARTE UNA FILOSOFÍA PERRA

7. Lenguaje canino.	71
8. Una vida perra	81
9. Las virtudes de un buen perro	95
10. Los vicios.	111
11. El uniforme y la alimentación del perro	121
12. Ideología canina	129

TERCERA PARTE
LOS CUATRO PERROS DEL APOCALIPSIS

13. Antístenes: el perro genuino.	165
14. Diógenes: el perro fiero.	177
15. Crates de Tebas: el perro afable.	191
16. Hiparquía: la perra feminista.	197
<i>Epílogo</i>	203
<i>Notas</i>	207
<i>Bibliografía para perros</i>	223

APÉNDICE

Diez ejercicios para ser un cínico hoy	229
--	-----

PRIMERA PARTE

UN MUNDO DE PERROS

Una breve historia de la filosofía canina

Fustel de Coulanges recomienda al historiador, que quiera revivir una época, que se quite de la cabeza todo lo que sepa del decurso posterior de la historia. [...] al plantear la cuestión de con quién entra en empatía el historiador historicista, la respuesta innegable reza así: con el vencedor.

WALTER BENJAMIN,
*Tesis de Filosofía de la Historia*¹

El cinismo fue una filosofía contracultural y contraoficial. Los antiguos cínicos consideraban que el estilo de vida socialmente aceptado no conducía hacia la felicidad sino hacia la esclavitud, y por ello viraron el rumbo de sus existencias. Se rebelaron a vivir de forma inauténtica e impersonal, condicionados por las opiniones de la gente. Donde todos piensan, dicen y hacen lo mismo, cualquiera es intercambiable y reemplazable. Los cínicos optaron por alejarse de la manada, no aceptaron ningún macho alfa que los gobernase y tuvieron el coraje de ser auténticos. Frente a las convenciones, el confort y el progreso de la civilización eligieron una vida natural, sencilla y austera. Defendieron como valores la verdad, la libertad y la autosuficiencia. Se rebelaron contra todo aquello que pudiera poner en peligro su independencia: el principio de autoridad y el academicismo, la corrección polí-

tica, los usos y costumbres, las tradiciones aceptadas acríticamente, las modas, el deseo, el placer sin medida, las pasiones que subyugan a la voluntad o la opinión de la mayoría.

En un mundo de súbditos, los cínicos no aceptaron más autoridad que la de su propia razón. No reconocieron ni patria ni dios a los que someter su voluntad, y declararon que la única obligación que tenemos en esta vida es la de alcanzar la felicidad: antes de morir, debemos vivir plenamente el tiempo que se nos ha otorgado y transitar nuestro propio camino. Compartieron una visión irónica y sarcástica del mundo, rechazaron la conducta gregaria. Denunciaron toda forma de tiranía, desmontaron las mentiras del poder y cuestionaron creencias falsas e irracionales que aún hoy nos gobiernan. El cínico fue una especie de «profeta pagano» que tuvo la valentía de vivir como pensaba, la osadía de decir la verdad a los poderosos sin temor a represalias y la lucidez para diagnosticar las normas absurdas, los malos hábitos y las costumbres perniciosas.

Pero entonces ¿por qué la historia que nos han contado es otra? ¿Por qué el término *cínico* devino en algo tan diferente a su significado original? ¿Cuál es la causa de esta tergiversación? Sin duda, como afirmaba Walter Benjamin, la historia siempre la han escrito los vencedores, y la historia de la filosofía no es una excepción. El cinismo forma parte del bando de los vencidos en la lucha de las ideas, y el precio de la derrota ha sido no poder contar su propia historia o, lo que es peor, que esta sea contada por los vencedores. El número de estudios dedicados al cinismo sigue siendo ridículo en comparación con otras escuelas filosóficas; es más, muchos manuales clásicos de historia de la filosofía ni siquiera recogen esta corriente de pensamiento. Pareciera como si alguien hubiese sentenciado a los cínicos con una *damnatio memoriae* («condena de memoria»), esa antigua práctica romana con que se castigaba a los enemigos del Estado y por la que se procedía oficialmente a eliminar todo cuanto pudiera recordarlos: esculturas, inscripciones o monumentos.

¿Quién decretó que los cínicos eran enemigos del Estado cuyos nombres debían ser borrados o al menos deformados hasta ser irreconocibles? ¿Quién ha dominado la historia de las ideas en nuestra cultura? ¿Quién ha sido su indiscutible y vitoreado vencedor? ¿Quién ha forjado un imperio sobre el vasto continente del pensamiento occidental? Alfred North Whitehead respondió a estas preguntas con una fórmula que se ha hecho famosa, según la cual toda la historia de la filosofía, recogida en los manuales oficiales e impartida en las actuales academias, se podría reducir a una serie de notas a pie de página al pensamiento de Platón: el idealismo. Este sistema de pensamiento presenta la verdad, el bien y la felicidad fuera del mundo de la vida. El idealismo reduce nuestra existencia a mera apariencia, oscura sombra, burda copia. Bajo la cegadora luz que emite su arquitectura mental (imponentes catedrales lógicas erigidas sobre cimientos vacíos, templos consagrados a la nada), la materia se oscurece y se recubre de pecado, y la felicidad plena es desterrada de este mundo. El gozo se pospone para el más allá y la dicha queda prohibida en el más acá. La vida deja de ser un fin para convertirse en un simple medio con el que alcanzar un cielo prometido a aquellos que asuman una servidumbre voluntaria. La filosofía, desconectada definitivamente de la naturaleza y de la vida, queda reducida a pensamiento que se piensa a sí mismo, a un ejercicio estéril de análisis del concepto, a un autismo existencial.

El idealismo es una filosofía del sacrificio: exige a sus fieles que inmolen el presente en aras de un proyecto, que degüellen los hechos para garantizar la salvación de la teoría y que renuncien a toda forma de libertad. Para el idealismo, solo sus sacerdotes tienen acceso a la verdad; el pueblo debe creer en lo que solo ellos ven y cultivar la virtud de la obediencia. La verdad solo es accesible para unos pocos elegidos que o bien están en el poder, o bien trabajan para él; los idealistas o son tiranos o son amigos de tiranos. Los que no formamos parte de la casta privilegiada de sabios ilumi-

nados debemos no solo doblegarnos a su verdad, sino también agradecer que esta nos sea revelada por nuestra salvación eterna. Por todo ello, Nietzsche denunciaba que el cristianismo no es más que platonismo para las masas. Para el filósofo alemán, ambos comparten el mismo esquema y ambos han sido instrumentos, usados a lo largo de la historia, para justificar el *statu quo*, las estructuras y las dinámicas de poder. El cinismo, en cambio, es una filosofía materialista y libertaria, que no teme la contingencia de la realidad, que nos religa a la naturaleza, que vacía el cielo para posar la felicidad en el más acá.

En los manuales oficiales, Platón reina como arquetipo de filósofo y su idealismo se presenta como modelo de filosofía a imitar. De igual forma que en el mundo soviético las historias de la filosofía fueron marxistas, en Occidente las historias de la filosofía han sido idealistas. Sobre este imperio del pensamiento, afirma Michel Onfray: «Es verdad que Platón no es Descartes, ni este es Kant, pero los tres, al repartirse veinte siglos de mercado idealista, monopolizan la filosofía, ocupan todo su espacio y no dejan nada al adversario, ni siquiera sus migajas. El idealismo, la filosofía de los vencedores desde el triunfo oficial del cristianismo convertido en pensamiento de Estado [...] pasa por ser la única filosofía digna de ese nombre [...] es difícil pedirles a los vencedores que escriban objetivamente la historia de los vencidos».² De entre todos los derrotados, los cínicos han sido los que han sufrido el mayor escarnio. ¿Por qué tanto ensañamiento? Porque el cínico cometió el imperdonable pecado de burlarse de las sagradas enseñanzas del maestro. Los cínicos se atrevieron a señalar al padre del idealismo con el dedo y gritar: «¡El rey va desnudo!». Cuando Platón de Atenas defendió la existencia de un modelo eterno, perfecto e inmaterial de hombre al que debemos someternos so pena de ser tratados de anormales, locos o enfermos, Diógenes de Sinope se burló de su teoría por ser tan absurda como peligrosa, y se dedicó a «buscar» por las calles de Atenas, con un farol

encendido en pleno día, a ese *hombre espiritual, perfecto y eterno*, carente de carne, fluidos y nervios, del que nosotros tan solo somos copias defectuosas. Diógenes con su linterna puso luz donde los filósofos idealistas ponen oscuridad cuando se dedican a buscarle los tres pies a la realidad. En otra ocasión, Platón definió al hombre como «un bípedo sin plumas», y los académicos que lo escuchaban aplaudieron con fervor la sabiduría del maestro. Mientras todos lo aclamaban y Platón se enorgullecía de una inteligencia que lo elevaba a una casta superior, Diógenes puso a prueba su pretendida (y pretenciosa) sabiduría; salió a la calle, tomó un gallo, le quitó las plumas y lo tiró al suelo de su escuela diciéndole con sarcasmo cínico: «Aquí tienes a tu hombre». Platón nunca supo encajar deportivamente las refutaciones materialistas de Diógenes. El padre del idealismo siempre eludió el debate con el cínico con la excusa de que un filósofo de verdad no debía perder el tiempo con un loco. Desde entonces, los idealistas han emulado la actitud y la estrategia de Platón. Por ejemplo, Hegel, otro de los grandes maestros del idealismo, en sus *Lecciones sobre historia de la filosofía* (modelo de los libros de texto oficiales que se siguen utilizando en las aulas) se negó a estudiar el cinismo porque no lo consideraba una filosofía seria, sino un revoltijo de anécdotas desprovistas de interés y sentido común. Y desde entonces los reyes de la filosofía los ignoran, los silencian, los tergiversan, los caricaturizan o directamente los descalifican para acallar su mensaje de libertad, su crítica social y su forma de practicar la filosofía.

El escritor griego del siglo II Luciano de Samósata³ nos relata que el cinismo fue una filosofía popular con la que se ejercitaban zapateros, carpinteros, bataneros o cardadores de lana. Las élites culturales de entonces consideraban que esta actividad intelectual no debía ser practicada por el vulgo (algunos todavía lo piensan hoy) y reaccionaron con agresividad hacia el cinismo: los insultaron, los acusaron de no ser verdaderos filósofos, sino simples imitadores, y de usar la

filosofía para escalar social y políticamente. Los mismos insultos se emplean hoy contra aquellos que practican la filosofía fuera de los círculos académicos y se atreven a sacarla de las aulas.

Reconstruir el pensamiento cínico y su historia no es tarea fácil. Hemos perdido prácticamente toda su literatura. Lo poco que se conserva es un conjunto de anécdotas y dichos cuyo valor histórico no es fácil de determinar. No terminan aquí los problemas: las fuentes de las que disponemos, o son parciales o son tardías. Algunos epicúreos y padres de la Iglesia (la vanguardia del bando opositor del cinismo) nos hablan de las opiniones de estos filósofos transgresores, pero lo hacen para denostarlos, caricaturizarlos y burlarse de ellos. Otros, como el estoico Epicteto o el emperador Juliano, nos transmiten una imagen idealizada e interesada que terminan estirando y tergiversando para ajustarla al molde de sus convicciones personales. El documento más fiable que atesoramos es el libro VI de *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*,⁴ de Diógenes Laercio (no confundir con nuestro Diógenes el cínico, del que hablaremos muy pronto); el problema es que se trata de una fuente tardía. Entre Antístenes, el fundador de la escuela cínica, y este escritor griego del siglo III d. C. distan siete centurias.

A pesar de las múltiples dificultades, siguiendo los consejos de Walter Benjamin, frente a la historia oficial debemos reescribir una historia a contrapelo, es decir, debemos contar las otras narraciones, las que han sido silenciadas y ocultadas. Me parece que contar la historia del cinismo es un necesario acto de justicia con los derrotados, y personalmente siempre he sentido el deber romántico de tomar partido por ellos, pero sin olvidar que están hechos del mismo barro que los vencedores.

Los primeros perros

El cinismo se inició en Atenas en el siglo v. Fue el único movimiento filosófico de la Antigüedad que tomó la libertad como valor supremo. Sus miembros la entendieron como autosuficiencia (ausencia de necesidades), autarquía (bastarse uno mismo para ser feliz) y autonomía (actuar de acuerdo con las decisiones propias). Los cínicos enarbolaron la bandera de la libertad de pensamiento y de expresión, en un mundo que derivaba hacia el autoritarismo y el gregarismo, y sobre ella bordaron una vida plena y dichosa. El cinismo es un proyecto emancipador que nos invita a entrenarnos hasta obtener la capacidad de autogobierno con la que preservar la propia individualidad frente a la masa.

Su fundador fue Antístenes, que transmitió la filosofía cínica a Diógenes de Sinope, y este a su vez a Crates de Tebas, que eligió como compañera a Hiparquía de Maronea. Estos cuatro nombres son los cuatro grandes rostros del cinismo, los cuatro jinetes que abrieron los siete sellos que destrozaron la máscara de la vida civilizada y liberaron a los hombres de la estupidez que los esclavizaba.

Antístenes fue un perro sin pedigrí: un mestizo hijo de padre ateniense y de madre extranjera, al que nunca se le concedió la ciudadanía. Después de haber seguido a Sócrates y ser uno de sus más fieles amigos, decidió apartarse del grupo de sus discípulos (atenienses de buena estirpe) para

establecer su propia escuela en el gimnasio destinado a los que no eran ciudadanos. Fiel a lo aprendido con Sócrates, Antístenes comenzó a enseñar que lo único que necesitamos para ser felices es la virtud. Nuestro término actual procede del latín *virtus*, que deriva de *vir* («hombre») y traduce su equivalente griego, ἀρετή (*areté*, «calidad excelente»), y hace referencia al conjunto de rasgos de la persona con un buen carácter. La filosofía grecorromana consensuó cuatro virtudes: sabiduría, valor, templanza y justicia;¹ aunque Sócrates consideró que, en el fondo, las diversas virtudes son únicamente aspectos diferentes de la sabiduría. Para Antístenes, la virtud es un hábito, una cualidad estable que nos permite actuar según nuestra naturaleza, es decir, racionalmente, y que, por tanto, nos asegura acertar en nuestras elecciones y obrar bien. Así, «en un hombre virtuoso la voluntad es la que es buena»² sin importar el resto de los bienes como la inteligencia, la fuerza o la salud; y porque esta persona sabe cómo actuar ante cualquier circunstancia, su vida es siempre dichosa. Para Antístenes, todas las otras cosas buenas (el dinero, la posición social, un entorno laboral agradable, una sana vida de pareja, etc.) son irrelevantes para asegurarnos haber aprovechado bien la vida. La virtud es lo único que necesitamos para ser dichosos. Mientras que el resto de los bienes dependen de la fortuna, la virtud es una capacidad que se puede adquirir mediante el aprendizaje y el ejercicio. La consecuencia que se desprende de esta idea es que cualquiera puede llegar a ser feliz, al margen de las circunstancias que le haya tocado vivir.

Este es el poderoso mensaje de Antístenes: da igual si somos ricos o pobres, si estamos sanos o enfermos, si hemos recibido una buena o una mala educación, si somos guapos o feos, si tenemos una pareja que nos ama o vivimos en una relación que se resquebraja cada día, si tenemos un trabajo más o menos digno o conocemos en nuestras propias carnes el significado de la palabra *alienación*, si conservamos a nuestros seres queridos o algunos ya nos han abandonado, si

nuestros deseos más ocultos son satisfechos o convivimos con una sensación de insatisfacción constante, porque lo único que realmente necesitamos para ser felices es la virtud. Todo lo demás son o añadidos o lastres que nos impiden alcanzarla. Muchos de estos bienes, como la riqueza o la fama, dificultan el ejercicio de la virtud y desarrollan en nosotros un apego que nos esclaviza. Cuando esto ocurre, lo más sensato, según Antístenes, es desprendernos de ellos y del deseo de poseerlos. El dinero, los honores y el poder son cosas despreciables para el hombre virtuoso. El hombre virtuoso se limita a satisfacer de manera sencilla las escasas necesidades que le impone la naturaleza y aborrece las necesidades artificiales que engendra la sociedad.

A diferencia de lo que opinaron otros seguidores de Sócrates como Aristipo, Antístenes sostuvo que el placer no es ciertamente un bien sino todo lo contrario, un mal que acarrea vicios y genera dependencia. Para una sociedad hedonista como la nuestra, que identifica la felicidad con el consumo de experiencias placenteras, esta crítica puede parecer extraña, más propia de un asceta religioso que de un filósofo materialista, pero debemos recordar que para un cínico nada se ha poner por encima de la libertad. Aunque la opinión mayoritaria afirme que el placer es bueno y el dolor es malo, para Antístenes es preferible sufrir de manera honrosa que disfrutar de forma deshonesto. No es buena práctica dejarse arrastrar por aquellos placeres que ponen en peligro nuestra integridad, renunciar a la independencia por el confort o esclavizarse al deseo. El fundador del cinismo invitaba a sus oyentes a vivir como el atleta o el músico, que saben cuándo renunciar a experiencias placenteras y que se esfuerzan hasta alcanzar la virtud que les es propia a su condición. Somos nuestro carácter, este constituye el núcleo de nuestra identidad y marca nuestro valor como personas, no las posesiones, la ropa o la profesión. Antístenes nos enseñó que nunca deberíamos estar dispuestos a vender nuestra integridad, y menos por algo con un valor tan fluctuante y pasajero como el placer.

Diógenes exageró con su vida los postulados de su maestro y se convirtió en el símbolo más popular del cinismo. El sinopense quiso averiguar por sí mismo qué es lo que realmente necesitamos para ser felices y qué es superfluo; y para escrutarlo, fue reduciendo progresivamente sus necesidades y desprendiéndose de todo lo baladí. Redujo las necesidades a sus justos y naturales límites. Adoptó una existencia de marginado e indigente, pero de hombre independiente y dichoso. Tomó como casa una vieja tinaja que encontró tirada cerca del ágora; así lo representan la mayoría de sus semblanzas: refugiado en su hogar de cerámica de las inclemencias del tiempo y de la estupidez humana. Pasó a la historia no solo por ser un filósofo sintecho, sino sobre todo por vivir al margen de las convenciones sociales, llegando incluso a no respetar las mínimas reglas de urbanidad (orinaba, defecaba y copulaba en público, como los perros). La intención que movía a Diógenes era la de provocar el pensamiento crítico de su prójimo. Los escandalizaba con su conducta y los azotaba con su afilada ironía no porque fuese un sociópata, sino por ser un filántropo conmovido ante la infelicidad en la que viven la mayoría de los seres humanos. Como un médico sabio y compasivo, Diógenes luchó contra la insensatez que enferma las almas de los hombres con el remedio más eficaz, aunque este fuese amargo y difícil de ingerir. Su manera agresiva de hablar, su desvergüenza radical y su transgresión de los valores y normas sociales le granjearon el título de «Perro Fiero».

Discípulo de Diógenes fue Crates, miembro de una familia noble y rica de la antigua ciudad de Tebas. Aunque había decidido dedicarse a gestionar los negocios familiares, cuando conoció a Diógenes, fue tal la conmoción que le causó, que el tebano repartió todo su dinero y dedicó el resto de su vida a cultivar la filosofía cínica. Fue conocido por sus vecinos como el «Abrepuertas» porque su buen ánimo, su sentido del humor y su sabiduría para reconciliar a las familias desavenidas hacían que todos desearan acoger al filósofo en

sus casas. Algunos llegaron a escribir sobre el dintel de su puerta: «Entrada para Crates, buen genio». Por ello, frente a la fiereza que caracterizó a su maestro, Catres encarnó el rostro amable del cinismo, y para distinguirlo, recibió el apodo de «Perro Afable». Si Diógenes fuese el pitbull del cinismo, Crates sería el bóxer. Enseñó filosofía a otros muchos; entre ellos, a Zenón de Citio, fundador del estoicismo (rama que suavizó los principios más radicales y exigentes de la escuela) y a Hiparquia de Maronea, mujer que usó el cinismo como camino de empoderamiento y como arma para combatir el patriarcado.

Hiparquia abandonó el telar y la cocina para dedicarse a un asunto de hombres: la filosofía, convirtiéndose con ello en la «Perra Feminista». Los griegos consideraban a la mujer como una eterna menor de edad, exenta de derechos políticos y jurídicos, incapaz de tomar decisiones, un ser débil cuyo único rol era el de esposa y madre. En un auténtico acto de cinismo, Hiparquia eligió a Crates como compañero de vida en una sociedad en la que eran los hombres quienes elegían a sus mujeres. Desde los inicios de la civilización helena, las mujeres se encontraban bajo autoridad patriarcal de los hombres, y con el matrimonio pasaban de estar sometidas al padre a estarlo al esposo. El casamiento era un arreglo comercial entre varones y la mujer, la mercancía que se intercambiaba, pasando de un enclaustramiento a otro. Hiparquia propuso a Crates un acuerdo de amor libre que supuso un ataque directo a la cultura patriarcal. Juntos, autónomos e iguales enseñaron la filosofía que los había libertado a ambos.

Otros perros famosos fueron Metrocles (hermano de Hiparquia, que, antes de ser cínico, estuvo a punto de suicidarse por la vergüenza que pasó al escapársele una ventosidad en público mientras ejecutaba una disertación filosófica), Onesicrito (esclavo de un banquero que se hizo pasar por loco y tiró por los aires las monedas de su amo para obligarlo a que lo liberase), Mónimo de Siracusa (que viajó con Ale-

jandro hasta la India y que compuso un maravilloso relato de viajes), Bión de Borístenes, Menipo de Gádara y Teles (escritores de geniales diatribas cargadas de ironía y parodia). A partir de estos últimos, el cinismo fue dejando de ser una filosofía de vida para convertirse paulatinamente en un tipo de literatura. Estos autores ya no se distinguen por su manera de vivir sino por su forma de escribir: Cércidas de Megápolis, Meleagro de Gádara, Dion de Prusa, Enomao de Gádara, Demonacte, Luciano de Samósata, Máximo de Alejandría y Salustio de Émesa, el último cínico del que tenemos noticia.